

## LOS SUPERHOMBRES

Se queja un amigo mío de no encontrar en mi libro «*El talentómetro*», el modo de distinguir a los superhombres de los que no lo son.

Apuntaré algo de ese capítulo que falta en «*El talentómetro*», según mi amigo.

Todas las cosas del mundo son músicas de diferentes clases, partes o instrumentos musicales de la total armonía del universo, de esa música sublime que sólo oímos, aunque confusamente, los discípulos de la doctrina pitagórica o los que son tales discípulos sin saberlo.

Pues bien, en cada clase de música busque usted los tenores buenos; esos son los superhombres, los que dan el dó de pecho, los que manifiestan en su voz privilegiada no sólo las notas varoniles y vigorosas propias de su sexo sino las de la ternura más exquisita de la mujer más sensible y delicada.

Los tenores—superhombres y supermujeres—son hermafroditas espirituales aun cuando en la carne no ofrezca dudas su unisexualidad.

Quando se da el caso raro de una sensibilidad

exquisita y fuerte al mismo tiempo, macho y hembra, aparece el hermafrodita espiritual que algunas veces coincide también con el hermafrodita carnal.

Como esto es rarísimo se paga muy caro en los teatros.

En los demás escenarios de la vida la paga de los tenores es muy variable, muy buena unas veces, muy mala otras.

Castelar era un tenor, un superhombre excesivamente bien pagado.

Concepción Arenal fué un tenor o superhembra muy mal pagada.

Fermín Salvochea era un tenor, Campoamor otro. De Gayarre no hablemos.

Pero salgamos del cementerio y demos un breve paseo por los actuales escenarios de la vida, para oír el dó de pecho en varias escalas y diferentes instrumentos.

Donde oigamos juntas notas fuertes varoniles y notas tiernísimas, parémonos a escuchar, es probable que haya allí un tenor.

Luis Bonafoux quizá sea un tenor a juzgar por sus escritos.

Salvador Rueda es también tenor.

Tenor o superfemina es doña Emilia Pardo Bazán.

El escultor Gandarias es un tenor bien mal pagado.

Galdós es un tenor, Sarasate otro.

Y dónde me deja usted, dirá el lector, a las emi-

nencias en buen uso que tenemos, a don fulano..., don mengano..., don perencejo..., don..., etc., etcétera, etcétera, muchas etcéteras.

En primer lugar, no es ahora ocasión de hacer el censo completo de los superhombres y de las superfeminas de la sociedad contemporánea.

Además, yo clasificaría a los hombres políticos eminentes más bien como *tiples desahogatas* que como tenores.

Para distinguir con claridad las notas de tenor en los diferentes escenarios de la vida, vibraciones fortísimas y suavísimas al propio tiempo, hay que escuchar como psicólogo sutilísimo separando las muchas causas de error y entre ellas la más frecuente e importante de todas que es la influencia lunar.

Me explicaré, porque estas cosas nuevas que yo creo ver, merecen ser explicadas si han de ser entendidas.

Las grandes oleadas que periódicamente levanta la influencia de la luna en los mares y que en las mujeres rompe en oleadas de sangre, en los demás animales y vegetales se manifiesta de mil diversos modos y como nada sobre nuestro planeta deja de sufrir su acción, es seguro que el hombre no se sustrae tampoco a ella y que, por lo tanto, menstrúa de algún modo, y observando bien a cada individuo en el gráfico de sus hechos y de sus palabras se verá el período lunar cada veintiocho días sobre poco más o menos.

Los que viven al lado de los poderosos, reyes, ministros o jefes importantes de cualquiera de las milicias sociales, los explotan más que por la adulación y el servilismo por el conocimiento intuitivo del período lunar, porque tienen la seguridad de que llega un momento en que cambia bruscamente la condición de la persona servida o adulada.

La persona más enérgica y bravía tiene momentos de laxitud y desfallecimiento; la de moralidad más severa y catoniana transige y pacta con el vicio y con la inmoralidad, sin saber por qué, en el cuarto de hora que coincide con el máximum de su desconocido período lunar.

Yo aconsejo al lector que se observe a sí mismo y observe a los demás y cuando llegue a conocer el período lunar de cada uno tendrá un arma terrible para disponer de la voluntad ajena en su lucha por la vida; si es juez, atenuará la pena en muchos casos; si periodista buen observador, hallará motivos mil de regocijo y adivinará muchas veces los actos venideros de los hombres políticos, y encontrará entre muchas cosas raras y fenómenos sorprendentes la explicación racional de pasados sucesos.

¿Se acuerdan ustedes de aquella barbaridad que hizo Cánovas de publicar el extraordinario a la *Gaceta* cuando los sucesos de las Carolinas, que pudo perder a la monarquía en pocas horas?

Pues yo creo que estaba aquel día en su período lunar y si se examinasen los actos particulares y

políticos de D. Antonio anteriores y posteriores al día de referencia, de veintiocho en veintiocho, días se encontrarán huellas y vestigios evidentes del influjo de la luna.

¿No les sorprende a ustedes alguna vez ver a un hombre apocadito, tímido, encogido, desplegar repentinamente audacias inverosímiles y actitudes heroicas y agresivas?

Pues es que sufre la acción del período lunar en el terrible solsticio de otoño que así como inunda de agua campos y ciudades, inunda también las almas y los cuerpos de los humanos con multitud de ignotas oleadas, de vibraciones siderales, de rayos invisibles con que nos hablan los planetas y los seres que en ellos habitan y que nuestra ignorancia no sabe qué contestar.

Dejemos esta materia a la competente pluma del genial astrónomo D. Mario Roso de Luna, que sabe de estas cosas muchísimo más que yo, y volviendo al tema principal de esta divagación filosófica me limito a decir: cuidado con equivocarse y confundir la voz de un hombre de talento en su crisis lunar con la del tenor verdadero, con la voz del genio, eco fiel de las más puras y sublimes armonías del universo.

No estará mal tampoco que los señores abogados criminalistas tomen nota de este argumento que yo les doy, en pro de sus defendidos, a condición de que ni exageren ni abusen.



## UN RETRATO AL OLEO

Amigo D. Arturo: la lata de hoy os breve. No se trata de casos de conciencia como los que le he consultado algunas veces, de intimidaciones de mi familia, ni de negocios.

Deseo su opinión acerca del retrato que me hizo X. de mi mujer, y de si el precio de cuatro mil pesetas le parece razonable.

¡Pero si yo no entiendo una palabra de pintural  
Pues bien se reía usted al contempar otro retrato, el de nuestro amigo fulano; luego algo entiende de pintura.

Eso quiere decir quizá que entiendo algo de cosas ocultas que no tienen que ver nada con la pintura. Los artistas se complacen a veces en poner en sus obras algo oculto para los que no estén en el secreto y que suele ser una crítica graciosa de los vicios, defectos o ridiculeces del personaje a quien se alude; y en la ocasión de referencia hubiera provocado un lance personal si dijera la causa de mi risa. Cons-

te que no sé distinguir y aquilatar los méritos pictóricos.

Bueno; pues a pesar de eso, dígame su parecer.

De la filosofía de la pintura le comunicaré lo poquísimos que se me alcanza, y es que en un retrato hay una sola cosa que debe decidir si el retrato es bueno o malo: los ojos, mejor dicho la mirada.

Todo lo demás lo pueden hacer bastante bien todos los pintores; pero el quid divino de la inspiración artística sólo brilla con los resplandores del arte cuando el pintor sabe penetrar en las reconditeces del alma del sujeto retratado por el examen y disección, si así puede decirse, de la mirada.

Si no se conoce a fondo o se adivina el alma del sujeto, si con hábiles preguntas o provocando temas de conversación que exciten sus pasiones dominantes, no se logra que aparezca el alma en los ojos del retratado; si no tiene el pintor el don de ver y de sentir las vibraciones misteriosas del alma que aparecen en la mirada, si en el preciso momento en que un relámpago de pasión alumbra los ojos del retratado, no se siente inspirado el pintor y tiene la habilidad de fijar en el lienzo las luces de tal relámpago, el retrato será mediano o malo, uno de tantos.

Precisa una especie de cópula espiritual honesta o deshonesta para que la obra de arte tenga vida.

Según eso habrá muy pocos retratos aceptables.

Tal creo. Lo probable es que sean una especie de fotografía en color, cromo o cosa tal en que los encajes, los pliegues del vestido, las carnes, el peinado, recuerden con exactitud a la persona retratada; mas para examinar bien el retrato hay que prescindir de todos estos detalles, colocarse en la dirección misma, única, que señalen los ojos del modelo, mirar entonces exclusivamente a los ojos y entonces si descubre usted en ellos algo indefinible, la sensación de estar vivo el sujeto, de estar hablando con los ojos el poema de sus pasiones y de sus luchas en la vida, entonces guarde el cuadro como la joya de más precio, y dé usted al artista con el homenaje de su admiración todo lo que pida sin tasa ni medida, porque no las hay para el mérito de una creación.

De suerte que para ser buen retratista según su filosofía de la pintura es preciso:

Conocer a fondo el corazón humano y por lo tanto ser algo entrado en años.

Conocer lo más íntimamente posible las pasiones y cualidades predominantes del modelo.

Tener suficiente confianza con él para provocar discretamente con hábiles y oportunos temas de conversación una llamada de pasión, un brevísimo instante que el verdadero artista aprovecha a modo de fotografía al fognazo del magnesio.

Conformes, y además como ejercicios prácticos

para adquirir una técnica especial personalísima no vendría mal hacer colección de miradas, de bocetos de ojos, frente y principio de nariz, una escala de pasiones desde las más sencillas a las más complejas expresadas en la parte más noble del rostro.

La mirada ingenua y candorosa de un hermoso bebé puede ser el primer ejercicio del pintor retratista y como últimos o más difíciles procuraría retratar la mirada intensa del jugador de oficio preñada de ferocísimas pasiones bajo una apariencia correcta, fría y tranquila: o la mirada inquieta del aventurero y del conspirador.

Le oigo a usted con mucho gusto; mas el caso concreto que yo deseo conocer es el del retrato de mi mujer, si le parece bien o mal.

Tengo por cierto que no puede ser bueno.

¿Sin haberlo visto lo asegura?

Sí señor. La mirada de una buena madre de familia, de una buena esposa no dice nada o dice muy poco; y en tal caso el retratista puede hacerse cuenta de que pinta un paisaje en el que hay un bicho cualquiera sin más expresión que la que tienen todos los objetos de la naturaleza... a menos que el pintor retratista sea su propio marido en el período ascendente de la felicidad conyugal.

Para que un retrato de mujer sea muy bueno es condición precisa, a mi juicio, que el pintor sea el amante de la retratada, y si el pintor es artista inspirado mire usted entonces a los ojos del retrato y

prescinda de todos los demás afeites y garambainas.

Por eso digo que el retrato que no he visto es mediano o malo.

En cuanto al precio, si se trata de una obra de arte no hay precio, todo es poco; en caso contrario puede pagarse a tanto el metro cuadrado según la fama que tenga el pintor en el mercado.



## LA GLORIA

—¡Central de la telefonía sin hilos!

—¿Qué desea?

—Comunicación con don Pedro de Répide.

—¿...?

Comentarios al artículo que publicó usted en *El Liberal* acerca de la gloria artística de Chapí.

.....

Leo con fruición sus artículos que devoro como golosinas exquisitas de la cocina literaria.

.....

No olvido que su señora madre al suscribir dos acciones, en los primeros difíciles tiempos de mi propaganda, merece mi gratitud como fundadora de la Ciudad Lineal.

Aunque no nos hayamos visto en tantos años créame su amigo.

.....

¿Porque en una apartada escuela de una aldea recuerden los niños y su profesor los méritos de Chapí, cree usted que en eso consiste la gloria del gran músico español?

.....

No, amigo mío. Permítame que le diga que yo he reflexionado mucho acerca de estos casos y que le coloque una lata telefónica que en la telefonía sin hilos molesta poco. Cuelga usted el aparato y su interlocutor continúa hablando a la atmósfera hasta que se cansa, sobre poco más o menos, como hablan los parlamentarios con el país.

En la gloria de los artistas, de los inventores, de los genios y aun de los hombres de valer modesto que levantan algunos de los velos que ocultan la belleza, hay, a mi entender, dos partes perfectamente separables: una la verdadera gloria, la auténtica, la que el artista crea o descubre por sí mismo, y otra la copia, reflejo, segunda degustación o sobras de este primer banquete espiritual que el artista cede y transmite a los demás mortales.

En el primer aspecto de la gloria, todo es puro, desinteresado, nobilísimo, personal e intransferible; es el desposorio con la belleza que, hipostáticamente, es también virtud y verdad, es el aspecto divino de la gloria.

En el segundo aspecto, el humano, hay de todo, bueno y malo, la vanidad del aplauso, el apetito de los intereses, todas las escorias, impurezas, deleites, virtudes y horrores de la vida.

Entre ambos aspectos hay diferencia parecida a la que existe entre la virginidad y la prostitución.

Justo es, por lo tanto, considerar en cada artista, los dos artistas que hay hipostáticamente en él, el

artista divino y el artista humano, el que goza el placer aristocrático de ser el primero que desflora una virgen belleza y el que saborea la satisfacción democrática de gozarla de nuevo entregándola a los demás hombres para que también la gocen y aun la prostituyan.

Nos apena considerar a Cervantes cobrando prosáicamente las contribuciones y a Spinoza puliendo vidrios y a otros genios afligidos por las impurezas de la realidad y las mil calamidades de la vida. Quiéramos verlos felices y dichosos pagándoles en esta moneda de compasión la gratitud que les debemos por permitirnos gozar de las verdades y bellezas que ellos nos entregan.

Yo he reaccionado contra esta inclinación compasiva y creo que los artistas, en su aspecto divino, no necesitan de nuestros aplausos, ni hay por qué darles honores y dineros ni menos compadecerles, porque están pagados espléndidamente con la moneda de más precio, con *el placer genésico de orden trascendental* o de la clase superior más elevada posible, con el placer genésico parecido y próximo al del engendrador de la suprema belleza del Universo.

Cuando Chapí compuso, por ejemplo, aquel dúo encantador de *El puñado de rosas*, tengo por cierto que no buscaba ni necesitaba recompensa de ninguna especie, se aplaudía él a sí mismo, experimentaba el placer genésico inefable, de crear la belleza,

de descubrirla y desflorarla, y durante ese espasmo de inspiración divina no habría en él nada impuro, nada humano, porque en aquel instante no sería hombre, sino algo intermedio entre lo divino y lo terrestre.

Después del espasmo genésico del dúo, al vestirlo con los diferentes ropajes musicales de la obra, aparecía el hombre y pensaría en la familia y en el trimestre y buscaría aplausos y desearía honores; y los contemporáneos hemos tenido el deber de honrar y de recompensar al genio que nos ha presentado, como cosa real, una de las infinitas bellezas ocultas en el mundo de lo racional hegeliano.

Los escolares que usted, amigo Répide, sorprendió ensalzando la obra de Chapí, cumplían bien este deber.

Lo que al maestro de esos escolares, a usted, a los que se llaman intelectuales y a mí nos sucede, es que entusiasmados con la belleza recién desflorada por Chapí, quisiéramos ser los amantes segundo, tercero o cuarto y quizá la despreciemos, andando el tiempo, al verla prostituída, por organillos, pianolas y gramófonos.

Vanidad de vanidades.

La verdadera gloria de Chapí no es esta nuestra, sino la otra, la suya.

¿Tengo razón?

.....

Mi criterio, amigo Répide, no es apriorístico sino

experimental, aprendido en experimento propio y personal.

Si por un caso se pueden juzgar otros, allá va el mío.

En una noche de insomnio producido por uno de esos disgustazos que suelen sufrir en silencio los funcionarios públicos—yo lo era entonces—recordé con tristeza los tiempos felices de mi juventud cuando me preocupaba de que los autores de geometría decían:

«Hay *cinco* poliedros regulares»  
y una Memoria de Cauchy me sugestionaba con la frase de

«Hay *cinco* clases de poliedros regulares».

Y volviendo a pensar en esto para distraer mis penas, púseme a contemplar un dodecaedro de madera de esos que se venden para enseñanza y juguete de los niños.

Tuve entonces la inspiración de la unidad de los poliedros regulares, de que no había más que un poliedro regular, el tetraedro, y que los demás eran combinaciones suyas y que todas las formas de la naturaleza eran combinaciones del tetraedro y de los poliedros de él derivados, clases diferentes de regularidad poliédrica en número infinito.

Si mi hipótesis era cierta, allí, en aquel dodecaedro que tenía en la mano, se debía ver de algún modo el tetraedro.

Después de muchas horas de porfiada considera-

ción, de fiebre incomprensible, logré al fin ver cómo dentro del dodecaedro había inscrito, coincidiendo con cuatro de sus vértices los de un tetraedro regular y pronto vi el segundo, y el tercero, y el cuarto y el quinto, formando todos lo que después bauticé con el nombre de pentatetraedro.

El placer inmenso, la alegría extraordinaria que yo experimenté entonces al descubrir aquella verdad de tanta trascendencia científica, al recorrer uno de los velos que ocultan la belleza y ver el plano según el cual está construido el universo, al ponerme en comunicación con la esencia primera creadora del mundo—*al hablar con Dios por la mañana temprano*—, como diría uno de los chisperos y manolos que tan magistralmente pinta usted, señor de Répide, declaro hoy que no tienen parecido con ninguna otra satisfacción.

Todas las demás de mi vida juntas no valen tanto como aquel rato de placer purísimo sin la menor mancha de intereses, apetitos y pasiones.

Recordando hoy mis impresiones, evocadas por el artículo de Répide, y analizándolas, afirmo que la invención artística o científica, que son aspectos varios de la misma cosa, es un placer genésico especialísimo, de clase muy elevada, un placer divino, que en sí mismo tiene su recompensa.

Las alabanzas, *los bombos*, los honores y los provechos subsiguientes a la invención o las injurias y persecuciones, que de todo hay casos, todo eso es

morralla, es vanidad, placeres humanos incompletos, copulación de nuestra vanidad o de nuestra desgracia con el resto del linaje humano.

El que los químicos reconozcan más pronto o más tarde que todos los cuerpos están contruídos como yo he indicado, sobre la unidad de los poliedros regulares por mí descubierta, podría halagar mi vanidad, si la tuviese, o mortificar mi amor propio si dijieran que lo que yo considero verdad es un destino. Lo que en ningún caso podrá suceder es que me quiten el placer del descubrimiento, *que me quiten lo bailado*, como dirían los manolos de Répide.

Crea usted, noble amigo, por aquello de «*ab uno disce omnes*», que a los artistas grandes, como Chápí, les acontecerá lo mismo que a los artistas y a los inventores chicos como yo.

.....  
¡Pero centrall... ¡no me interrumpa... no me corte la comunicación...!



## VIRTUDES MEDICINALES DE LA BELLEZA

¡Soñemos alma, soñemos! Supongamos viviendo ya esa humanidad futura más perfecta a que nos quieren llevar los anarquistas catastróficos a zambombazos dinamiteros y que los hombres de buena voluntad vamos realizando poco a poco como revolucionarios pacíficos e inofensivos.

Figurémonos que de la actual generación seleccionamos y separamos el millar de individuos de mayores méritos morales, intelectuales y físicos, las princesas, burguesas y plebeyas más guapas, sanas, robustas, instruídas y virtuosas y los hombres mas fuertes, sabios y buenos, sean ricos o pobres.

Soñemos también que esta legión de honor, de talento y de belleza que todavía tiene muchos vicios y defectos que desaparecerán paulatinamente al cabo de unos cuantos siglos de generaciones afortunadas, se limpia y pule de todos ellos repentinamente, por arte mágica.

Y como son buenísimas personas que para ser completamente felices no les falta más que el comunicar sus perfecciones al resto de la humanidad

doliente y atrasada en el áspero camino del progreso, establecen una especie de sanatorio, una clínica internacional de la belleza en donde nos curan en poco tiempo de nuestras enfermedades físicas, de nuestra roña intelectual y de nuestros alifafes morales con el sencillísimo plan terapéutico de administrarnos belleza a todo pasto, a todas horas y en todos los aspectos de la vida desde los más nimios e insignificantes a los más abstrusos escondrijos de la conciencia.

Las crueldades de la guerra, las traiciones del amor, las deslealtades, infamias e ingratitudes de la vida, los defectos varios de la organización social son cosas feas, las verdaderas causas productoras de nuestras enfermedades.

Procesamos por estos delitos a los microbios; pero son completamente inocentes. Cuando somos víctimas de cualquier maldad, de una de la infinitas formas de la fealdad, si no nos morimos del todo, nos matan en parte y hay alguna célula en el hígado, en el corazón, en el cerebro o en otra partícula de la topografía humana que se muere y al corromperse y podrirse, se agusana, se transforma en microbios y bacterias.

El humor herpético que nos han dejado los moros es consecuencia de los disgustos que durante siete siglos les dimos los cristianos en España.

La sífilis es la última flecha envenenada que los indios de América lanzaron a sus conquistadores.

En el tomate europeo venido del *tomatl* mejicano, productor de la diabetes, según el ruso Guashoff, es muy probable que haya maldiciones de Moctezuma transformadas en algún desconocido microbio.

La legión de esta humanidad perfecta, de estos supermédicos fieles a su altísimo criterio de que *la belleza es la salud*, nos curarían suprimiendo todo lo feo que haya en nosotros y a nuestro alrededor.

Principiarían por alojarnos en una vivienda lujosísima, pero sin bibelotes ni garambainas antiguas ni modernistas, el lujo de la sencillez y del gusto exquisito que tiene por base fundamental el proporcionar el mayor número de comodidades y de ventajas con el mínimum de esfuerzo proveyéndonos de habitaciones, de mobiliario, de utensilios, efectos y maquinarias que nos libren de los molestos contactos del servicio doméstico.

El adorno principal de la vivienda consistiría en las grandes obras de arte de la naturaleza, los árboles, las plantas y las flores y en la reproducción de las obras de los artistas más famosos.

No habría objeto alguno que no fuese expresión de un profundo saber, de un ingenio extraordinario revestido de bellísimas y variadas formas.

Desde el despertar al dormir no veríamos cosa alguna que no fuese hermosa, reinando en todo algo más que la limpieza, una pulcritud especial, indefinible por la comparación con nuestra vida actual.

Desaparecería la tontería de las modas porque

cada persona revelaría en su traje las cualidades artísticas que le distinguieran de las demás aun cuando todas las prendas del vestuario tuvieran la uniformidad mecánica de una construcción racional que permitiese el aseo personal, el vestirse, desnudarse y cambiar de traje a lo Frégoli y sin necesidad de doncellas, criados ni limpiabotas.

Según la dolencia que padeciéramos nos señalarían determinada alimentación, vegetariana por supuesto, auxiliada por algunos glóbulos o pildoritas de nuevos y maravillosos alcaloides, que con un régimen higiénico de sol, de aire puro y de agua convenientemente administrados, nos prepararían para la medicación más sutil del olor de las flores, de los colores de la luz y de los sonidos de músicas agradables y bien compuestas.

Los microbios malos exorcizados por tales efluvios de la terapéutica naturalista, huirían de nuestro cuerpo dejando el puesto a los microbios buenos servidores de nuestra salud.

No habría cocineras porque una maquinita como las de escribir o las tipográficas de componer nos permitiría, con sólo tocar unas cuantas teclas correspondientes a unos diminutos pomos de riquísimas esencias de los manjares más sabrosos, componer palabras del lenguaje culinario y aun platos especiales que serían como frases y discursos tan bellos y tan variados como las composiciones oratorias o musicales de los artistas más renombrados.

La degustación de unas cuantas copitas mezcla de gotas de los diferentes pomos proporcionaría extraordinarios placeres gastronómicos casi de balde, sin los horrores de las malas digestiones y sin necesidad de kioscos especiales ni de alcantarillado en las grandes poblaciones. Los humanos como los habitantes más perfectos de la Luna, que según los platónicos no evacuan, no tendrían necesidades mayores; a lo sumo las tendrían menores y de líquidos agradables como el agua de Colonia. Hipótesis es esta no aventurada, puesto que si hoy es cosa sabida que respirando unas cuantas horas en una habitación saturada de aceite de trementina los orines emitidos después huelen a violeta, ¿por qué no hemos de lograr por medios análogos el olor del ilang-ilang, el rey de los olores, o siquiera el de jazmines, heliotropos o el que cada cual prefiera?

Así como ahora los aristócratas de más antiguo abolengo y de más refinada educación fustigan cruelísimamente con una imperceptible sonrisa o elegante ademán o ingeniosa frase de doble sentido, las vanidades ridículas de los millonarios de procedencia plebeya, así también, la legión de la belleza, con sincera y exquisita cortesía, con poquísimas y sugestivas palabras nos enseñaría todos los secretos, maravillas y procedimientos de las ciencias, de las artes y de la vida práctica.

La hermosura y el saber de esta legión de la belleza nos producirían tan grata impresión de supe-

rioridad amable y sugestiva que nos sentiríamos subyugados, por inefable cariño, por suave amor. Nos sentiríamos como tiernas inferiores criaturas en el regazo de una madre.

Figurémonos una multitud de huríes o mujeres hermosísimas y elegantes que con graciosísima sonrisa nos prohíben pensar, decir o hacer tal o cual cosa con la superioridad mental de los hombres más sabios y la superioridad moral de un gobernante tan justo como enérgico. ¡Qué habría de suceder! Que los errores, los pecados, las tonterías se desprenderían instantáneamente de nuestro ser al mismo tiempo que desaparecerían todos nuestros humores sifilíticos, herpéticos, cancerosos y reumáticos y la sangre más pura circulando por nuestras venas con el ritmo de la salud nos infundiría felices ideas de grandes perfecciones y virtudes.

Los mahometanos sueñan con un paraíso parecido pero limitado a los placeres sensuales, a la parte más baja y grosera de nuestra felicidad.

En nuestro paraíso, no fantástico sino real y positivo, el goce sería continuo, pero no cansaría porque una serie de placeres todos ellos artísticos, sabiamente combinados no daría lugar al cansancio ni al aburrimiento.

Lo más divertido sería la parte económica, porque para entonces ya habrá triunfado la política de los tres ochos, pero mucho más avanzada que la socialista de estos tiempos.

Ocho minutos para trabajar.

Ocho minutos para dormir.

Ocho minutos para los menesteres inferiores de la vida.

El resto del día y de la noche en diversiones de todas clases científicas y artísticas, en telepatear con los habitantes de otros planetas y en reirse de los pasados siglos evocando los sucesos históricos por medio de una muy perfecta combinación de gramófonos, cinematógrafos y otros aparatos hoy desconocidos.

Como la perfección absoluta de la belleza es una curva hiperbólica a cuya asíntote nos acercaremos sin cesar pero sin tocarla jamás, habrá muchas cosas que procuraremos embellecer todo lo posible aunque por completo no lo consigamos.

Por ejemplo, la existencia de las moscas es incompatible con toda civilización artística. Por lo tanto uno de los grandes problemas de la humanidad será el de exterminarlas o el de convertirlas en animales domésticos útiles, pongo por caso, aumentándolas de volumen por sucesivos y bien entendidos cruzamientos de modo que al alcanzar sobre poco más o menos el del antidiluviano plesiosauro o el del gran murciélago de ciento veinte metros de largo, nos resolvieran el problema de la navegación aérea sin necesidad de globos, aeroplanos y motores de gasolina que amenazan pestiferar la atmósfera de los venideros siglos.

Las señoras habitadas que en los tres últimos meses de su estado más interesante no podrían ser reputadas como modelos de belleza por Fidias y Praxíteles redivivos, se reunirían en una isla exclusivamente a ellas dedicada o imitarían con trajes raros y caprichosos a gigantescos crisantemos u otras combinaciones bellas de flores exquisitas.

¡Señorito!...

¡Señoritoool!... ¡Que son ya las nueve!

¿Bueno y qué?

¡Que la portera viene a cobrar el recibo del casero!

## LA COBARDÍA MORAL AMBIENTE

Me parece que se exagera un poco y desacertadamente se juzga el carácter nacional en este punto del valor.

Yo creo de fácil demostración con innumerables casos históricos, el teorema siguiente de la mecánica social:

*El valor está en razón directa de los piojos e inversa de las pesetas que se tienen.*

Conste que me atrevo a nombrar tales bichejos por verlos figurar en el *Diario de Sesiones* del Senado, en un discurso de Sagasta.

Si fuera posible el experimento de permutar un millar o un millón de moros africanos con otros tantos cristianos españoles, variándoles no más que de patria y de traje, al pronto veríamos cómo los cristianos aparecían repentinamente dotados de un valor salvaje y temerario, y los moros trasplantados a España se conducirían con exquisita prudencia y con astucias y cautelas que, si, al exterior, aparentemente simulaban cobardías, en el fondo no serían más que fenómenos de atracción y de repulsión en-

tre los dos polos de las corrientes eléctricas X de la vida económica: los piojos y las pesetas.

Los cristianos que expulsaron a los moros son y siguen siendo tan valientes o más que ellos. La diferencia que determinó la victoria final, consistió principalmente en que Isabel la Católica no se mudaba de camisa y Boabdil se bañaba todos los días.

Los españoles de hoy, no sólo son tan valientes como sus antecesores, sino que son verdaderos héroes en las luchas complejísimas por la vida de estos días.

Cada español, todos, sin excepción alguna, mirados atentamente y con la necesaria prolijidad en su vida pública y privada, son héroes que están realizando el esfuerzo gigantesco de recorrer tres siglos en veinte o treinta años con toda la impedimenta del pasado.

Esto de la cobardía es un error lamentable difundido por los pesimistas lacrimosos, tipo Costa. Al que parece capón le arrastran las necesidades de su vida a proceder como todos los esclavos, con hipocresía, con doblez, con astucia, con cautela, con apariencias de cobardía, pero el valor late y permanece oculto para mostrarlo tan solo en ocasión propicia.

Es un fenómeno social parecido y homólogo al fenómeno físico del calor latente que en grado superlativo aparece súbitamente en los cuerpos llamados explosivos.

Los gobernantes se engañan ante las apariencias pacíficas del sufragio prostituído y falseado.

Los intelectuales directores del pueblo gobernado se equivocan también al examinar las apariencias de la cobardía ambiente.

Yo creo que la sociedad española es un explosivo que estallará, por desgracia o por fortuna, el día, probablemente muy lejano, en que aparezca un hombre-mecha organizador del valor latente colectivo.

Los que están siempre acobardados o asustados, aunque no sean cobardes, son los amantes del progreso ordenado y pacífico, triturados siempre lo mismo cuando impera el orden o sea el principio de atrocidad o autoridad, que viene a ser lo mismo algunas veces, como cuando reina el desorden.



## SINGULARES PROPIEDADES DEL NÚMERO 7

El sabio astrónomo Camilo Flammarion dice en su anuario para 1909:

«El núm. 7 es célebre desde la más remota antigüedad. He aquí un nuevo aspecto asaz curioso.

Se puede deducir del núm. 7 un orden numérico verdaderamente singular. Si reducimos a fracción decimal el quebrado  $\frac{1}{7}$  tropezamos con la fracción periódica siguiente:

$$\frac{1}{7} = 0, 142857 \ 142857 \ 142857 \ \dots\dots\dots$$

o decimal cíclica.

Si tomamos uno de estos períodos cíclicos de 142857 y le multiplicamos por 1, su valor no cambia. Si le multiplicamos por 2, hallaremos las cifras 285714, producto que se compone de las mismas cifras que el multiplicando, las que, cosa notable, se suceden en el mismo orden; el 1 al lado del 4, el 2 al lado del 8, el 5 entre el 8 y el 7.

Si multiplicamos aquel período cíclico por 3, obtendremos 428571, o sea las mismas cifras de siem-

pre y en el mismo orden sucesivo, aunque empezando por otra de ellas.

Multiplicando por 4, por 5 y por 6, obtenemos los productos respectivos 571428, 714285, 857142, poseyendo las mismas propiedades que el multiplicando.

Los productos sucesivos por 7 son, pues:

$$\times 1 = 142857$$

$$\times 2 = 285714$$

$$\times 3 = 428571$$

$$\times 4 = 571428$$

$$\times 5 = 714285$$

$$\times 6 = 857142$$

$$\times 7 = 999999$$

La multiplicación por 7, no es menos notable aunque prevista.

¿No hallamos en esto, con toda evidencia, una curiosa combinación numérica de las propiedades singulares del 7? *Numeri regunt mundum*».

A esto responde el General Parmentier:

«Vuestra nota sobre el núm. 7 es curiosísima. ¿Ha notado también que la serie de las seis cifras, siempre las mismas, que forman los séptimos de 7, no contiene las cifras 3 y 6 cuya suma es 9 y su producto 18, cuya suma de cifras (1 + 8) también vale 9? Además la suma de las seis cifras de cada línea horizontal o vertical (1 + 2 + 4 + 5 + 7 + 8) que comienzan con cada una de ellas es 27 y la suma de estas cifras (2 + 7) es asimismo 9. Diríase como

si el núm. 7 fuese absolutamente hostil al 3, al 6 y al 9, pero no es así; el 9 se halla por todas partes, pero *oculto*, y sólo se revela en la última línea horizontal toda compuesta de 9. Este resultado nada tiene de extraordinario ni de imprevisto; no podía ser de otra manera, porque los 7 séptimos de 7 componen la unidad y ningún número de seis cifras decimales puede aproximarse más a la unidad que el 0,999999, que sólo difiere de 1 en una millonésima».

A todo lo cual me permito añadir:

Como todas las propiedades de los números, estas del núm. 7 serán representadas por determinadas figuras geométricas planas, que será difícil pero no imposible averiguar; y a virtud de la evolución de todas las formas, habrá también, en la geometría de tres dimensiones, sólidos representativos de las propiedades numéricas del núm. 7.

En las formas de la mecánica habrá seguramente algunas que correspondan a las propiedades del número 7. Pudiera suceder, o al menos a mí me parece probable, que en los 7 colores del espectro y en las 7 notas de la música haya una cierta correlación con los ciclos de números de que más arriba se hace mención, y siguiendo la investigación por las formas más complicadas de la mecánica celeste tengo por cierto que don Mario Roso de Luna no dejará de hallar algunas concordancias con las cifras representativas de la cédula de vecindad de planetas y satélites.

Y si contagiados por las admirables intuiciones del señor Roso de Luna consideramos la mecánica más complicada de todas, la humana, la fisiología del cuerpo humano, surge la pregunta: ¿Los septenarios con que a cada paso tropezamos en la práctica de la medicina, son supersticiones despreciables sin valor alguno científico o tienen alguna relación, algún parentesco con las propiedades conocidas y desconocidas del número 7?

Yo me inclino a creer que la antigua sabiduría de los Atlantes, de los Egipcios y de los Griegos conocía muchas cosas que hoy ignoran los sabios, algún tanto pedantescos del siglo xx. Corrompidas por la tradición oral durante muchos siglos las enseñanzas de la antigua sabiduría, no quedan hoy más que vestigios, que parecen disparatadas supersticiones, pero que en realidad son indicios, frases incompletas de profundas verdades, algo así como el aroma de la verdad, como la fotografía borrosa de una personalidad desaparecida.

¿Si el color rojo acusa una personalidad especial al lado de la de los demás colores, si a la nota *la* le sucede lo mismo respecto de las demás notas musicales, no podrá suceder también que al espirar el plazo de 7 baños o de 7 días en el transcurso de ciertas enfermedades o de 7 años en la vida humana, una cierta personalidad dinámica o fisiológica corresponda a las curiosas propiedades del núm. 7?

Yo creo razonable suponer que las supersticiones

populares no se propagan durante muchos siglos sin que un fondo de verdad palpite en ellas, aparte de que la persistencia de ciertas creencias, al parecer supersticiosas, nace también de multitud de experiencias concordantes con las verdades de la antigua sabiduría.

Recuerdo en este momento una que me indicó, hace años, un rico maderero de Madrid. Preguntándole yo varias particularidades de su negocio con relación a los míos, me dijo: Yo he observado desde hace mucho tiempo, y por esta observación me guío en mis compras y ventas de maderas, que la construcción de casas en Madrid camina por períodos de 7 años. Siete años de gran actividad seguidos de 7 años de calma relativa a su vez seguidos de otros de mayor actividad y así sucesivamente.

¿No recuerda esto los 7 años de las vacas gordas y los 7 años de las vacas flacas de la Biblia?

¿No quiere decir esto que en vez de desdeñar las verdades que el vulgo proclama como tales, debemos estudiarlas experimentalmente y profundizando tanto que lleguemos a la raíz misma de la verdad, a las propiedades de los números o, lo que es lo mismo, a las ideas matemáticas que independientes del tiempo y del espacio rigen y gobiernan cuanto en el tiempo y en el espacio se convierte en hechos reales?



## LA INSTRUCCIÓN Y LA EDUCACIÓN

Voy a aprovechar sucesos de actualidad para insistir en mi tema de que la educación es mucho más importante que la instrucción, pero en proporción enormísima que si hubiera medios de reducirla con exactitud a números es probable que hablaríamos de esas cifras que parecen fantásticas, de billones, trillones y cuatrillones. Hoy se concede importancia suma a la instrucción y ninguna a la educación.

El educar la voluntad es millones de veces, cuando menos, más útil e importante que el instruir el cerebro.

Con 20.000 profesores de ciencia, maestros, oradores, catedráticos y periodistas, España caminará en galera hacia su regeneración durante cuatro o cinco siglos.

Con 1.000 profesores de energía, educadores de la voluntad individual y colectiva, en veinte años se elevaría España, caminando en automóvil, a nación de primer orden.

Cambó y Lerroux son dos profesores de energía, dos educadores de la voluntad.

El primero, con todo el apoyo gubernamental triunfó primero y después ha fracasado en su intento, digno de admiración, aunque no de mis simpatías, de unir en una acción común a fuerzas heterogéneas.

El segundo ha triunfado por tener a su favor la fuerza viva de la masa de la humanidad en su movimiento lentísimo hacia la perfección. Esta fuerza viva, esta  $m v^2$ , la masa enorme  $m$  de la humanidad multiplicada por el cuadro de la pequeñísima velocidad  $v$  de su progreso hacia una humanidad más perfecta, es un valor considerable que al sumarse al mérito de los profesores de energía sorprende y asombra con resultados imprevistos a los que desdennan estudiar la mecánica social.

El que alternativamente triunfen unos u otros profesores de energía tiene una importancia circunstancial. Lo importante en todo momento es que la energía se manifieste, que la voluntad colectiva aparezca manifestada bajo todas las combinaciones y formas posibles.

El hombre de Estado que esté a la altura de los tiempos, debe ser un buen observador imparcial de los hechos sociales con el mismo criterio científico que si se tratase de observar los movimientos de la atmósfera para deducir sus leyes.

Ejemplo. Observa que Lerroux educa la voluntad de las masas populares de Barcelona con la orientación de *republicanos antes o al mismo tiempo que so-*

*cialistas*, y que Iglesias educa la voluntad de las masas populares de Madrid con la orientación de *socialistas antes que republicanos* y deduce de los éxitos electorales del primero y de los fracasos del segundo qué tendencia le conviene favorecer, cuál combatir o en qué forma y con qué medida favorecer a ambos o luchar con ellos, según los fines gubernamentales que se proponga.

La libertad de asociación, conquistada por los individualistas empieza a dar sus frutos. Las innumerables sociedades constituídas para todos los fines de la vida en estos últimos veinte años acusan movimientos parciales educativos de la voluntad, precursores de otros grandes movimientos sociales, síntesis de aquellos.

A mí me parece innegable, como hecho de observación, que la educación de la voluntad de los españoles, base de la salvación de España, avanza, aunque relativamente poco, mucho más de prisa que la instrucción.

Ejemplo y comparación entre dos profesores, el gran maestro Costa, de inmenso saber, de erudición prodigiosa, sabio entre los sabios y el profesor de energía Lerroux.

El pueblo oye con respeto, pero nada más, lo que dice el primer profesor de ciencia, el insigne Costa.

La masa popular adora a Lerroux, el primer profesor de energía de España, no por lo que sabe sino por lo que hace, porque organiza voluntades, por-

que educa la voluntad de grupos numerosos de españoles.

Es un ejemplo que deben imitar los amigos y los enemigos de Lerroux. Todas las ideas deben buscar para su triunfo a los mejores profesores de energía que se encuentren y antes que a los sabios y a los oradores.

Dividida España en dos bandos de clericales y anticlericales, los primeros hacen, gobiernan y mandan, los segundos hablan y están siempre lejos del poder.

¿Por qué?

Entre otras cosas, porque los clericales son profesores de energía educadores de la voluntad con perseverancia sostenida, y los anticlericales son profesores de ciencia, saben mucho y hablan mucho, pero no educan la voluntad y si lo hacen es con intermitencias y sin plan.

Si se diesen en un mismo sujeto, en grado eminente los méritos de los profesores de ciencia y de los profesores de energía, la sabiduría y la fuerza de voluntad, ese se impondría a todos, ese gobernaría a España, ese escribiría las mejores páginas de su historia.

Mas como esto es o parece un sueño irrealizable será bien que procuremos educar la voluntad de los párvulos y jovencuelos de hoy con la esperanza de que salgan mañana de este vivero espiritual los hombres fuertes del porvenir.

## LOS CRISTOS

La parte más noble de la humanidad, los imitadores de Cristo, los que la guían hacia los ideales de la Belleza, del Bien, de la Justicia, del Amor, del Progreso indefinido, los inventores, los mártires, los reformadores, los organizadores de una humanidad más perfecta, los que trabajan, los que *hacen* mientras los demás *hablan, escriben o deshacen*, los que hacen cosas, los que dejan al morir algo, pequeño o grande, que no había al nacer ellos en el mundo, los progresistas, los motores de sangre animal, los burros sociológicos que tiran de la masa humana por la cuesta interminable del Ideal, ¡pobrecitos!... ¡cuánto sufren!...

¡Con qué refinada maldad les clavan espinas y lanzas, les martirizan, les afrentan y golpean, les hacen beber la hiel de la calumnia, les arrastran por el lodo y les crucifican aquellos mismos por quienes sacrifican su reposo y su vida!

Es ley suprema y eterna, no bien explicada o no bien entendida por símbolos, esta de que los Cristos de todos los tamaños hayan de ser forzosamen-

te escarnecidos, martirizados y crucificados para que su espíritu inmortal resucite y su sangre generosa alimente a sus verdugos y los convierta, a virtud de tal nutrición espiritual, en seres mejores y más felices.

Sepa el que intente hacer una obra buena cualquiera, el que pretenda realizar uno de los innumerables pequeños progresos que componen el total progreso humano, que en aquel momento es un Cristo minúsculo y, como tal, sujeto a todas las contingencias de la vida, muerte y resurrección de los Cristos. No le sorprendan ni enojen las ingratitudes, las puñaladas, las coces y los insultos que reciban. Hay que aceptar de antemano con resignación, y aun con placer, estos resultados de la Ley que son naturales y lógicos aunque nos parezcan lo contrario mirando las cosas al ras de la tierra.

Mas ¿si todo progresa, si todas las barbaries se atenúan y dulcifican, por qué no han de progresar también estas relaciones sangrientas y crueles entre los Cristos redentores y los bestias-hombres redimidos? ¿Por qué no hemos de procurar, primero la supresión de la pena de muerte, y la atenuación después, de las calumnias, de los pinchazos, de los dolores y martirios con que afligimos a los pobrecitos Cristos?

Creo yo que convendría estrechar las distancias entre redimidos y redentores o imitadores de Cristo, que los primeros miren más al cielo y los se-

gundos más a la tierra y, puestos al habla, suavizar la antipatía de los redimidos hasta convertirla en amor y respeto a sus redentores, y éstos por su parte que no se dejen crucificar tan fácilmente, que busquen fórmulas de equilibrio entre el altruísmo y el egoísmo.

Para el advenimiento de esta cordialidad de relaciones parécenme pertinentes algunas reflexiones que, ofrecidas a la digestión intelectual del público, cual manjar sano y nutritivo, contribuyan a la general alegría, a la suavidad y cultura de las costumbres y a la visión clara de los hechos y de los hombres, tales y como son y no bajo las apariencias engañosas con que solemos verlos.

La primera y más importante consideración es la de definir bien a los Cristos, a los redentores, a los hombres de acción, a los hombres que *hacen*, distinguiéndolos y separándolos de los falsos Cristos, de los aspirantes a redentores que sólo *hablan* o *escriben*.

Hay en esto una confusión lamentable. A las manifestaciones habladas y escritas de los hombres de talento, de mérito, o de erudición se les da un valor distinto del que tienen por el error de perspectiva, en la visión mental, de juzgar a los hombres de la palabra como si pertenecieran al plano superior y más excelso de los hombres de la acción. Es confundir el huevo con el pollo vivo. La obra del escritor, el más talentado de cuantos vieron los pasados

siglos y puedan contemplar y admirar los venideros, no pasa de ser un huevo, un germen, un sér en potencia, una esperanza, no más que una esperanza, con pocas o muchas probabilidades de llegar a ser viva realidad.

El hombre de acción, el que contribuye con hechos, aun en la más insignificante proporción, al progreso de la humanidad es un pollo, un gallo, vivo, infinitamente superior a cualquier huevo por gordo y hermoso que sea.

El huevo y el pollo son cosas heterogéneas que no se pueden sumar ni se deben comparar como cantidades homogéneas; y en el parentesco de la evolución el huevo precede, es anterior y, por lo tanto, inferior al pollo; y el pollo es el escalón, el grado superior, el progreso realizado, la potencia trocada en acto, la vida en toda su espléndida magnificencia, el verbo hecho carne viva.

Entre los hombres de acción y los de pensamiento, hablado, escrito, esculpido, pintado, cantado o de cualquier modo expresado, hay la misma diferencia que entre las divinas esencias de que son semejanza, eco o reflejo, entre el Dios-acción, Dios-voluntad, a contar desde el momento de la creación, *lo real* hegeliano y el Dios-pensamiento anterior al momento de la creación, *lo racional* de Hegel, el *logos* griego, el conjunto quieto, sin movimiento y sin vida, de todas las ideas posibles, la cantera inagotable de donde todos los hombres de pensamiento,

todos los artistas sacan los escritos, los discursos, los cuadros, las armonías, los motivos de su inspiración.

Los hombres de acción, semejanzas o imágenes del Dios creador, de la vibración del primer átomo central de la esfera del universo, Cristos minúsculos, representan la parte divina superior de la humanidad, la parte redentora, la parte viva y activa, son el movimiento, son la vida misma, son pequeños creadores, son la fuerza creadora, son la idea combinatoria de una parte del tiempo con una parte del espacio, como la creación total del mundo es la idea-combinación de todo el espacio infinito con toda la eternidad del tiempo.

Los escritores, los oradores, los artistas de todo género representan la parte inferior de la humanidad y, dentro de ésta, quizás sean los hombres mejores o más perfectos.

Si clasificamos a los hombres de menor a mayor mérito en cien casillas, del número 1 al número 100, el número 1 será el salvaje más salvaje, el número 50 lo ocupará el hombre de pensamiento de más estatura intelectual que, a mi juicio, es, sin género alguno de duda, Pitágoras; su discípulo Hegel ocupará el número 49 y entre el número 2 y el 48 colocaremos a todos los grandes hombres del pensamiento.

En los números 51 y sucesivos colocaremos a todos los hombres de acción, aunque no sean o pa-

rezcan sabios, desde el infeliz que labra la tierra, y el obrero que inventa o perfecciona una herramienta, a Cristóbal Colón, a Graham Bell, a Marconi, a los aviadores de estos tiempos, a Moisés y con él todos los organizadores y conductores de pueblos, de muchedumbres y de sociedades, a todos los que han dejado alguna huella de bondad a su paso por el mundo, a cuantos han hecho algo, y en los más altos números los ignorados constructores de las pirámides de Egipto.

Reverenciamos, admiremos y agasajemos a los hombres del pensamiento, mejor en vida que después de muertos, mas no les demos más valor del que realmente tienen, no les clasifiquemos más allá de la casilla número 50 porque sus enseñanzas o sus consejos son cosas pertenecientes más al mundo de lo racional que al mundo de lo real, son semillas, gérmenes, huevos, a veces sin fecundar.

Reservemos el máximo de nuestras simpatías a los hombres de acción, por modesta que fuere, porque los hechos pertenecen al mundo real, son fenómenos de la vida, y vayan todos los sahumeros de nuestra admiración para los organizadores de multitudes, para los constructores de pueblos, construcción más difícil y menos sólida que la de las pirámides de Egipto.

La voluntad en ejercicio, o sea la acción, es, con relación al pensamiento, en la geometría espiritual, lo que el volumen es a la superficie en la geometría

física, es decir, el grado superior en la evolución de las formas... *instinto, pensamiento, voluntad, amor...*

La voluntad es el pensamiento reconcentradísimo, el pensamiento moviéndose, como el volumen es la superficie en movimiento.

Por esto los hombres de voluntad, de acción, son superiores a los hombres de pensamiento.

Lo que ocurre en la vida es que los hombres son de pensamiento unas veces y de acción otras, por lo cual procede clasificar al individuo que estudiemos, solo en una casilla, por su cualidad principal o dominante. En caso de duda, si el sujeto es o ha sido objeto de muchos improperios, injurias y vejaciones, si ha sido en vida muy martirizado, si es un Cristo pequeño, debe ser clasificado entre los hombres de voluntad aunque tenga grandes méritos como pensador.

Un ejemplo, entre mil.

Un español, cualquiera, tiene escrita una obra dramática prodigiosa. Es un grande hombre de pensamiento, casilla número 48.

Si este español *hace* que su obra sea representada, es decir, si sufre un martirio parecido al de los demás Cristos, y vence y triunfa, es un hombre de voluntad, de acción, casilla 51.

¿Está claro?

La inferioridad del hombre de pensamiento respecto del hombre de acción, del Cristo, se evidenciaría con un experimento concluyente.

Reproduzcamos la historia de Robinsón poniendo en una isla desierta a un centenar de sabios, dramaturgos, literatos melencólicos, músicos, pintores y un par de intelectuales de cada especie, con sus respectivas familias, y en otra isla un centenar de hombres con sentido común, acompañados también de sus respectivas familias.

Yo tengo por cierto, o presumo, que en la primera isla la humanidad sería infecunda y desaparecería, muerta de hambre, en pocos años, despellejándose y comiéndose físicamente unos a otros y a sus deudos cómo se despellejan y se comen hoy moralmente en todos los centros del intelectualismo.

En la segunda isla se impondría el hombre, o el grupo de hombres de voluntad más fuerte a los de voluntad más floja, y cooperando todos, unos dirigiendo y otros obedeciendo, labrarían la tierra, trabajarían, procrearían, vivirían, y al cabo de varios años o de algunos siglos se podrían permitir el lujo de pagar o mantener a un centenar de filósofos, de sabios y de dramaturgos y de intelectuales que les divirtieran en los ratos de ocio o de aburrimiento.

Concretando estas ideas con otras palabras diré que la educación, por ser escuela de voluntad, es inmensamente superior a la instrucción, escuela del pensamiento.

La acción tutelar del Estado ampara y protege las escuelas que, bien o mal, se dedican a la instruc-





## EL SEÑORITISMO

Éramos pocos y parió mi abuela.

Costumbre añeja es ya la de quejarse del clericalismo, del militarismo, del letradismo, del capitalismo, del obrerismo y de otros muchos consonantes; y como España se va regenerando hacia atrás no desaparece ninguno de sus dolores y aparece hace pocos años uno nuevo, con caracteres muy variados que pueden compendiarse bajo la clasificación de *señoritismo*, es decir, una mala prolongación de los señoríos, un nuevo feudalismo que consiente a los señoritos mal educados toda suerte de tropelías e indecencias y si no llegan a practicar el derecho de pernada, incompatible con el espíritu de los tiempos, usan y abusan del derecho de meter la pata en todas las manifestaciones de la vida social.

Unas cuantas manadas de señoritos mal educados, mezcla híbrida de ignorantes, de holgazanes, de orgullosos, de mariquitas y de gente joven, buena en el fondo, pero que no sabe gozar de la alegría de vivir sino del brazo de tal gentuza, vienen formando

un ambiente de incultura, de barbarie y de grosería impropio del siglo.

Hay que limpiar pronto nuestras costumbres de esta mancha asquerosa.

No hace falta el chorro continuo de leyes nuevas sino la aplicación rápida de las vigentes. La justicia breve es el mejor modo de satisfacer el hambre de justicia que padece España.

Y si la justicia no bastara para que el señoritismo respete a la mujer, si las autoridades no logran, a pesar de sus buenos deseos, hacer entrar en razón a tales bárbaros, habrá que pensar en la intervención directa de los ciudadanos en estos negocios de cultura, de civilización y de progreso.

¿Cómo? Por los dos medios más corrientes, por la razón y por la fuerza.

Por la razón, propagando en el seno de las familias todo cuanto tienda al enaltecimiento de la mujer, acentuando el respeto a la mujer en las costumbres y en la aplicación de las leyes.

Por la fuerza, creando una partida de la porra, una liga defensiva para tomarse la justicia por su mano, o establecer la costumbre del lynchamiento o cualquier otra propia de tiempos bárbaros y primitivos.

La mala educación y la envidia son los principales componentes de nuestros defectos nacionales.

La educación se considera como una asignatura de que no hay que volver a ocuparse una vez apro-

bada cuando la niña es presentada en sociedad o cuando el joven empieza su carrera. La verdad es que la educación no concluye sino con la vida.

De educación física estamos muy mal los españoles; no sabemos respirar, ni masticar, ni correr, ni saltar, ni nadar, ni montar a caballo, ni esgrimir armas, ni boxear, ni luchar, ni nada que signifique arrostos varoniles suficientes para defender a la mujer amada, a los padres o a los hijos de un peligro cualquiera o de la agresión de un malvado. Por excepción hay quien sabe algo de alguna de estas materias.

De la educación intelectual aún estamos peor. Los más instruiditos no valemos más de dos pesetas. Lo que se sabe es una fracción infinitesimal de lo que se ignora.

Y en cuanto a educación moral sospecho que estamos peor, rematadamente mal. El sentimiento de la justicia no existe en nosotros, inquisidores barnizados con las notas y colores de la civilización. Son pocas las familias que no necesitan para su uso diario un juez municipal, un juez de primera instancia, una audiencia y un tribunal supremo con apelación a la última instancia de la navaja o del revólver.

Pues a pesar de todo esto, que es bastante exacto, había hasta hace pocos años en la sociedad aristocrática y en la clase media un ambiente de buena educación, modales, hechos y palabras de cultura, de mutuo respeto, de anhelos de perfección. La

mala educación era mal esporádico, casi aislado, individual.

Mas hoy la epidemia de la mala educación va siendo general y endémica, constante.

El señoritismo es una rama nueva del árbol frondoso del caciquismo y de los demás consonantes.

En fin, consolémonos porque tras de estos tiempos vendrán otros peores.

## DISCURRIR CON LOS PIES

Hay algunas frases que lejos de condensar la sabiduría popular a modo de refranes cortos son la expresión de errores muy generalizados.

Tal es en la humilde opinión del que esto escribe la de «*discurrir con los pies*» como sinónimo de discurrir disparatadamente, cuando la verdad es que discurrimos con acierto acerca de las cosas cuando las vemos, y para verlas las palpamos con los pies, viajando, visitando gentes, recorriendo palmo a palmo los lugares objeto de nuestra investigación.

Si nada hay en nuestra inteligencia, *quod prius non fuerit in sensu*, que no haya penetrado por las puertas de los sentidos, el del tacto el más inferior de todos es el que suministra las primeras noticias y como primeras las fundamentales de toda información; y dentro del sentido del tacto, la palpación pedestre, la más inferior de todas, es el cimiento sobre que apoyamos el edificio de nuestros conocimientos.

¿En qué se basan las excelencias y los méritos del moderno reporterismo, sino en que discurre en pri-

mer término con los pies, acudiendo con presteza al lugar de los sucesos, acercándose a los protagonistas, dando mil vueltas alrededor del sitio de cada hecho para palparle primero con los pies y después con los demás sentidos y sus prolongaciones que llamaron ferrocarriles, tranvías, automóviles, telégrafo, teléfono, microscopio, telescopio, fotografía, imprenta, laboratorios químicos y el arsenal entero del progreso?

¡Ojalá nuestros gobernantes y administradores discurrieran con los pies, recorriendo minuciosamente todos los lugares que gobiernan y administran, informándose con exactitud de las quejas y lamentos de los administrados, palpando las cosas con sus propios pies, viéndolas con sus mismos ojos, llevando al cerebro y al corazón informes exactos en vez de los equivocados y confusos que transmite el caciquismo intermediario!

¿De dónde viene la superioridad del sentido práctico de los ingleses y su dominio del mundo sino del hecho de ser los que más viajan, los que más y mejor discurren con los pies?

Convengamos en que hay que discurrir con los pies... y en que hay que lavárselos de cuando en cuando como recomendaba el barón de Andilla o con la frecuencia que desean los higienistas.

## LA GUERRA

Dice un periodista amigo mío que el que se calla su opinión acerca de ella es un mal español.

Muy discutible es esta proposición mas yo no la discuto.

Opino que es conveniente la conquista del Rif y necesaria para verter en dicho territorio la sangre que se nos va a tierras americanas y argelinas y para atraer al núcleo numeroso de población española que está enriqueciendo a la vecina colonia francesa.

Creo también que debe hacerse la guerra conquistando primero la opinión del pueblo español, explicando bien y con claridad los objetivos que se persiguen, con un plan financiero en el que se demuestren las probabilidades racionales de recompensa de los sacrificios que se piden a la Nación, con un plan político de reparto de tierras a los soldados y a los emigrantes y sus familias que a mí me gustaría en forma de red de ferrocarriles estratégicos y de penetración, cada uno de los cuales fuese a la vez trocha militar y eje de ciudades linea-

les y de cotos acasados o granjas agrícolas, todo ello amparado por fortalezas-cuarteles construídos de trecho en trecho. En el plan político debería entrar el derecho de asilo, durante un siglo, de cuantos delincuentes nacionales y extranjeros acudieran a poblar el territorio conquistado sin temor a la estradiación.

Una libertad amplísima sin la más leve sombra del espíritu inquisitorial imperante en España sería el cemento armado de esta construcción sociológica.

Ni que decir tiene que ninguno de estos planes financieros y políticos, que deben ser explicados al pueblo y al ejército con profusión de mapas, de cifras y de impresos, pasará de verbo a carne si no hay un plan militar, todo lo secreto que se quiera, pero que sea plan, cuya existencia se vea luego por todos en las cifras demostrativas de la economía relativa de sangre y de dinero y en la publicidad minuciosa de las cuentas claras, muy claras, de la sangre, del dinero y de las recompensas.

El silencio es el miedo ridículo de la ignorancia revelador de la falta de plan.

Hay que tener valor cívico antes que valor militar y no tener miedo a la discusión en las Cortes y en la Prensa de las cosas de la guerra.

¡Pero qué miedo han de inspirar los *flatus vocis* de unas Cortes rotativas hechas a máquina!

¿Por qué temer en la calle a los partidos de la

oposición si en cada grupo de diez republicanos o carlistas de acción hay un infeliz de buena fe, un tonto, un pillo y siete policías secretos y confidentes del gobierno?

Este es mi parecer, de escaso valor por ser mío. Voto en la urna de la pública opinión para no tener el remordimiento de conciencia del silencio, temeroso de que don Roberto Castrovido me tache de mal español.

Soy buen español, a carta cabal, de temperamento militar aunque partidario de la supremacía del poder civil. No me entusiasman los besos y las manifestaciones públicas de amor teatral a la bandera; pero mi última voluntad es que me sirva de mortaja la bandera española que siempre ondea en lo alto de mi casa con este propósito, oculto hasta hoy a la curiosidad de mis amigos.



## EL HONOR

El vidrio más diáfano y sutil puesto como ventana adonde se asome la conciencia individual, para ponerse en contacto con la atmósfera moral de la multitud, no es comparable con las bellezas cristalinas y puras del honor.

Su virginidad es tan delicada que se mancha no ya con los invisibles rayos X de la murmuración sino con esas sutilísimas, incomprensibles o desconocidas vibraciones en que consiste el pensamiento.

Cuando pensamos en el honor ajeno, tan sólo con esto le manchamos con la tinta indeleble de la duda. Si nos atrevemos a poner en él la mano podemos estar ciertos de cometer un horrible atentado contra el pudor de la conciencia; pocas veces, muy pocas, penetrará en el entendimiento la confianza en la infalibilidad de nuestro juicio, destello de la idea divina de la justicia; pocas veces esta luz de la justicia se transformará dentro de nosotros en el calor de la voluntad firmísima que se necesita para mover su espada vengadora.

El amor a la humanidad indispensable para arros-

trar las iras de los sentenciados, y sufrir con resignación las consecuencias dolorosas de esta pequeña imitación del Cristo ideal de todas las perfecciones, es patrimonio de muy pocos héroes.

Los tribunales de honor son un instrumento de progreso en la vida social y por lo mismo que merecen ser ampliados a todas las manifestaciones de la vida y constituyen el ideal de la justicia en lo porvenir, rápida, eficaz y barata, debemos procurar que el instrumento no se estropee o inutilice y aun corregir sus defectos e imperfecciones.

El primer defecto del tribunal de honor es el de la generación espontánea, por propia autoridad, porque sí.

¿Quién es el varón justo y santo ante su propia conciencia que se cree con talento y autoridad bastantes para juzgar y castigar a los demás?

Las faltas, los delitos y aun los crímenes del amor y de la prostitución, las pasiones políticas y multitud innumerable de humanas flaquezas crean personalidades muy engañosas. Tal sujeto que ante la sociedad del buen tono aparezca como honorable y perfecto caballero puede ser en la intimidad del hogar ante la mujer, los hijos, los parientes o los íntimos amigos un perfectísimo canalla.

El juez del honor ajeno debe ser un hombre colado por sus méritos más cerca que otros del ideal de la santidad, pero debemos suponer que no es santo; y en tal supuesto el cargo de juez del honor

no debe ser autógeno o de origen increado y divino, sino designado por el mayor número posible de individuos para representar la conciencia social en ejercicio, como instrumento, menos malo que otros, para realizar el bien, para ejecutar la sentencia de las leyes darwinianas de la selección.

Bien está que unos cuantos caballeros muy respetables contesten a los requerimientos de otro con aquella plausible sinceridad que no se usa, y aun está reñida en otros casos de la vida, con la buena educación; por ejemplo, el decidir si una mujer es guapa u honrada o si un hombre es tonto o sabio.

En lo que yo veo incongruencia y falta de las armonías de la belleza es en que las pruebas sean secretas o reservadas y el fallo público, teniendo en cuenta que la notoriedad es, de por sí, una pena muy grave para almas delicadas y el escándalo vicinglero del moderno foro de la prensa, peor que la muerte.

¿Se confía una pregunta delicada a la discreción de unos caballeros?; pues para éstos debe ser un caso de conciencia el hacer pública la contestación lo mismo si es favorable que si es adversa.

Si el fallo ha de ser público, público debe ser también el juicio y las pruebas examinadas a la luz meridiana por la indiscreta curiosidad del vulgo. Esto exigen, a mi juicio, la justicia y la caridad, dicho sea sin ánimo de aludir y menos de ofender a los que opinen de otro modo.

El segundo defecto grave de los tribunales de honor es que aplican como única pena, la de muerte y con carácter anticristiano de irreparable por la virtud del arrepentimiento y de la enmienda de la conducta futura.

Los que componemos el vulgo de los mortales o galería del teatro del mundo apreciamos, sin ser profundos y sutiles psicólogos, multitud de matices en las faltas y delitos contra el honor y creemos que debiera de haber en el código pendiente de redacción otra multitud correspondiente de penalidades establecidas con discreción y con habilidad para evitar en lo posible muchos y graves disgustos.

Hay que admitir con espíritu caritativo y noble que el que aparece culpable puede ser inocente y en tal concepto es justo rebajar la pena de muerte o descalificación absoluta a descalificación durante el tiempo A o B preciso para prueba plena; y aun en el caso de falta o delito contra el honor, probado y confesado, es justo admitir el arrepentimiento y el propósito de borrar con hechos esforzados, heroicos o virtuosos el pasado para reconquistar el honor en lo porvenir.

Ni que decir tiene que la virginidad no se reconquista; pero así como hay viudas, casadas y solteras de la clase de magdalenas o semipuras, muy dignas de consideración y de respeto por sus virtudes en el presente ¿por qué no hemos de admitir en los hombres diferentes grados de pureza? ¿Por qué no

han de admitir paisanos y militares la posibilidad que admite la Iglesia de llegar a la santidad desde las abominaciones del vicio?

¿Para qué abrir las puertas a la desesperación?

La tercera perfección deseable en los tribunales de honor es su **orientación**, porque entre mirar hacia la *inquisición* religiosa de los pasados siglos o caminar hacia el *jurado* democrático propio de los tiempos que corren, hay una diferencia notable y esencial.

Puede haber en el siglo xx inquisidores del honor más temibles que los de la fe, que abusen de las armas terribles de la publicidad y de la confianza pública en provecho de sus intereses y de sus pasiones y es preciso quitar toda probabilidad, por remota que sea, de que tales monstruosidades puedan acontecer.

El tribunal de honor en forma de *jurado* bien establecido y ampliado a todas las manifestaciones de la vida social desde los círculos más aristocráticos a las asociaciones obreras, puede ser un instrumento de orden y de progreso, un medio muy hermoso, sencillo y práctico de realizar el bien y la justicia.



## LAS MICROBIAS

¿Quién es ella? se pregunta en el mundo de los hombres cuando ocurre algo misterioso.

¿Quién es la microbia? deberíamos preguntar ante cualquier misterio del mundo de los seres microscópicos.

Nadie, que yo sepa, ni aun el ingeniosísimo don Luis Taboada, ha supuesto siquiera la existencia de las microbias, pero yo creo firmemente que hay microbias aunque no las he visto y que son ellas la causa de nuestra perdición.

Los pobrecitos microbios en forma de coma, de interrogación o de puntos suspensivos, no hacen daño a nadie, son unos infelices injuriados y calumniados por la prensa. Las que causan estragos, muertes y fieros males son las microbias.

A todas horas respiramos y comemos innumerables legiones de animalitos microscópicos y no morimos ni enfermamos porque son microbios, vírgulas, seres honrados, pudibundos y laboriosos, agricultores dedicados especialmente al cultivo del caldo y de la gelatina; pero si se introduce en nuestro cuerpo una

sola microbia, joven de tres o cuatro minutos de edad, guapa y libidinosa o jamona de diez o doce días de edad cansada de divertirse, nos estropea el cuerpo o lo deshace o cuando menos nos quita el sueño y nos sugiere melancólicas ideas negras o siquiera grises pálidas con ribetes y floreos modernistas.

Para defendernos de *la microbia* del tifus, de *la microbia* de la tisis y de las demás microbias conocidas y por conocer, hay que tratar con más intimidad a estas menudas familias y enemistarlas unas con otras para que se peleen y se maten.

Por ejemplo, una bella señorita tiene unos granitos en la cara que la están construyendo ciertas microbias con la mala intención de ahuyentarla novios y admiradores; pues se toma unos sellitos de levurina o lo que es lo mismo, una legión de microbias, suegras de las constructoras de granos, y al poco tiempo mueren las microbias nueras y desaparecen los granitos; las microbias suegras se pelean entre sí y se matan y la joven reconquista al novio, se casa, es muy feliz y el horizonte se tiñe de color de rosa, formando las nubes caprichosos y complicados dibujos prerafaélicos.

## MECÁNICA SOCIAL

### I

La justicia es el equilibrio.

La justicia es, en el orden moral, la fuerza de la gravedad que engendra el equilibrio.

Cualquier movimiento producido por una injusticia provoca necesariamente otro movimiento en sentido contrario, una reacción que restablece el equilibrio; lo que prescindiendo de las razones matemáticas, se designa con varios nombres equivalentes, justicia divina, providencialismo; Karma, los budistas; estaba escrito, los mahometanos...

Es justo pagar al casero, diga lo que quiera el opúsculo famoso *El arte de no pagar al casero*, porque lo mismo con la propiedad individual que con la colectiva en una u otra forma, con monedas de metal o bonos de trabajo, la vivienda se paga.

Pero viene un movimiento de sensiblería enfermiza o de mala fe, o de adulación servil al obrerismo y se presenta a los ojos del público el cuadro terrible del desahucio en que se omiten todos los antecedentes para no mostrar más que el contraste artístico de dos figuras complementarias, conjugadas, el casero,

monstruoso y horripilante verdugo, y el inquilino, víctima inocente de todas las injusticias sociales.

Mas como el papel de verdugo no es agradable, ni aun de mentirijillas, los capitalistas dejan de construir casas para inquilinos pobres o de poco dinero, y éstos, mientras conquistan el poder político y se reparten casas y palacios u organizan la propiedad colectiva de viviendas baratas, se hallan en la situación de tres o más inquilinos para cada vivienda ofrecida por los caseros. Suben los alquileres y entonces los inquilinos pagan lo que antes era justo más el importe de los movimientos injustos de la opinión contra los caseros.

Esto es lo que ahora está pasando en Madrid.

El arte de no pagar al fondista no se ha escrito todavía, sin duda por lo sencillo que es el presentarse en cualquier establecimiento de comidas con cara de parroquiano y al término del yantar, decir: Lléveme usted a la cárcel porque no tengo con qué pagar.

La moda de este rasgo picaresco se va extendiendo, haciéndonos cierta gracia la lectura de estos casos a los que no somos fondistas, pequeño movimiento de injusticia, a virtud del cual nos dispensamos de socorrer a los hambrientos.

Mas como los que se dedican a esta industria opinan que es incompatible con el ejercicio de la caridad pública, que es cosa de todos y no de uno solo, mientras se deciden a establecer la costumbre del

pago anticipado, es de creer, o que a los verdaderos parroquianos, que se sonríen plácidamente al leer tales sucesos, les traspasen las partidas fallidas, en el precio, en la cantidad o en la calidad de los artículos consumidos.

Así se restablece el equilibrio.

Resulta de esta mecánica social, que convendría explicar bien y vulgarizar mucho, que las torpezas, los delitos, las equivocaciones, las faltas, los errores y las mentiras tienen siempre castigo. Se pagan siempre sin necesidad de códigos ni tribunales.

Donde hay suciedad en el cuerpo e hipocresía en el alma en vez de verdadera caridad, aparecen como consecuencia lógica el tifus y la viruela.

La mentira electoral corrompe, a modo de virus sifilítico la sangre nacional.

El sufragio universal verdad, produce no más que leves erupciones cutáneas de facilísima curación por los doctores de la medicina política; pero el miedo a la verdad electoral y la corrupción del sufragio, como si dijéramos, la suciedad y la hipocresía gubernamentales, produce en el cuerpo nacional trastornos graves, se llena la piel de las placas sifilíticas del caciquismo, las gentes blasfeman con los ojos y con las manos si les tapan la boca, todo se pudre, todo se corrompe y cuando menos esperan los curanderos el equilibrio se restablece.



## MECÁNICA SOCIAL

### II

Vengo a despedirme, querido Arturo y a pedirte un favor.

¿Dónde vas y qué quieres, simpaticón?

Emigro; América me fascina, voy a luchar y a perecer o a volver triunfante y millonario. Por eso vengo a pedir consejo a tu experiencia, a enterarme de los secretos profesionales, de los resortes que mueves para triunfar.

Pierdes el tiempo, querido Ramón, yo no soy hombre de negocios, aunque la gente crea lo contrario, la prueba es que soy pobre. El único que me ha calado es don Manuel Allendesalazar, al calificarme de poeta de los negocios.

Debe ser exacto ese juicio, porque eso de unir la poesía con el negocio es una de tus cosas raras como aquella que tanto me impresionó en mis mocedades.

No sé a qué te refieres.

¿Te acuerdas cuando hacíamos novillos a la clase de Matemáticas de don Manuel Becerra y nos íbamos al Retiro?

Sí, a orinarnos en el pluviómetro del Observato-

rio astronómico, diablura de que me siento hoy arrepentidísimo.

No, me refiero a tus experimentos de ponerte dentro de un cuadrado del tamaño de un pañuelo y colocados los veinte alumnos de la clase a unos 15 metros con buena provisión de piedras cada uno, apostar a que ninguno te daba.

Ganaste la apuesta multitud de veces, siempre, y ni entonces comprendía ni ahora me explico que la vista y la agilidad basten para lograr tal resultado.

Mira, Ramoncito, ni mis secretos de joven ni mis secretos de viejo te sirven de nada, aparte de que es cosa fea penetrar en las intimidades del prójimo.

¿Por qué ha de ser censurable el averiguar la vida de un amigo para utilizar la experiencia de sus más recónditos pensamientos?

Porque si el pudor físico aleja a los amigos tan íntimos como tú de las faenas prosaicas del baño y del bidet, el pudor moral nos aísla de todo el mundo al hacer la *toilette* espiritual de nuestras ideas más ocultas, de nuestros juicios más sinceros, la limpieza y aseo de nuestra conciencia al arrancar inclinaciones viciosas, escamondar y pulir defectos o al transigir con estas suciedades morales por miedo a una ducha de ideas frías, verdaderas y limpias.

Me place el símil. Esa ducha moral de tu conciencia es la que yo quiero presenciar para huir de los peligros que tú conozcas y aprovechar tus consejos.

Déjate de investigaciones. Tienes bastante para vivir. Dedícate a cortar el cupón, a no gastar más que la mitad de la renta, acumulando al capital la otra media y riéte de monarquías y de repúblicas, de socialismo y de clericalismo, de patronos y de obreros. Esto hacen los cuatro mil y pico de cucólogos, o sociólogos prácticos esparcidos por el mundo, que gozan silenciosamente del siglo y del planeta como los más desenfrenados emperadores romanos, sin las molestias, peligros y trabajos del ejercicio del Poder.

Es que yo necesito más dinero.

Pues dedícate a la usura.

Me repugna. Prefiero la agricultura o la industria.

Mira, los judíos son gente lista que huye sistemáticamente de la agricultura y de la industria y prefieren el comercio. Imítalos.

Yo busco algo rápido y brillante, las minas, las invenciones más recientes, algo que proporcione en poco tiempo gloria y dinero.... ..

Para, para, no sigas, que ya sé la enfermedad que padeces. Tú tienes un drama inédito, una comedia o cosa tal... me sé de memoria a los literatos fracasados... no me lo niegues.

¡Si no lo niego! ¡Es verdad!

Y quieres ser rico porque sueñas con ser empresario y representar tus propias obras con éxito asegurado... ¡pobrecillo! eres una de las muchas mariposas que van a quemarse las alas en la luz de la gloria.

Púrgate, Ramoncito, púrgate, considera que la calentura dramática es la enfermedad más grave del siglo, y que nada ensucia tanto el estómago como los dramas comprimidos. Recuerda un saladísimo soneto que nos leyó en el Ateneo Manuel del Palacio y que terminaba con este consejo:

.....

¡Obrar bien es lo que importa!

Por lo que veo, Arturito, entre la peste bubónica y la peste dramática, prefieres la primera.

¡Ni que decir tiene! Los fracasados de la literatura son la peste más grave y más infecciosa de estos tiempos. Todo lo perturban, la política, la administración pública, los negocios, la nación, la sociedad, la familia, nada escapa a las biliosas y atrabiliarias acometidas de su desequilibrio mental.

La peste dramática es, algo consecutivo a digestiones intelectuales imperfectas y laboriosas.

La mayor cultura del público, es, en la mecánica social, el suero preventivo y curativo de las infecciones literarias de los genios desconocidos y de los superhombres en agraz.

○ ○ ○

Dejemos la literatura y vamos al negocio, a las reglas de conducta que tú me recomiendas para triunfar.

Pues mi principal consejo, aunque te rías de él, es el de que seas lo más virtuoso que te fuere posible, que procures perfeccionar tu espíritu y tu cuerpo en cada día más que en el anterior.

La guasita no me hace reir ni sonreír

Hablo tan serio como cualquier personaje político con gabán de pieles.

¿Qué tiene que ver la castidad, por ejemplo, con la fabricación de fideos, la venta de maquinaria o la plantación de arroz? Si después de trabajar dedico un rato al amor al contado o a plazos, por toda la vida o por horas.

.....

*¿qué tienen que ver con eso  
los fósforos de Cascante  
si se envenena un amante  
por haber perdido el seso?*

Nada y mucho. Nada, si el amor no tiene la menor relación directa o indirecta con el negocio; mucho, en el caso contrario que es el más frecuente.

Más claro. Las faldas de cuantas personas compongan el negocio hay que respetarlas. Las mujeres, queridas, hijas, madres y hermanas de empleados, de obreros, de jefes o de socios deben ser sagradas, como si no existiesen. Las mayores perturbaciones en los negocios, los atentados y los crímenes que a menudo registran los periódicos vienen

de amoríos de esta clase, de los celos y de las pasiones por ellos engendradas.

Voy comprendiendo tu sermón.

No sermoneo a lo sacerdote en nombre de la ética, de la moral, de la religión, te hablo del aspecto mecánico y práctico de la virtud. De la atmósfera moral que enlaza la tierra con el cielo te hago ver la parte inferior, la que roza con el suelo, nada más.

¿Y si alguna mujer de las que citas me persiguiese y me gustase?

Acuérdate de la escena bíblica del casto José e imítale, sin vacilar, sin miedo al ridículo.

Esta escena es un símbolo, un ejemplo gráfico de mi consejo que se reduce a distinguir y separar lo esotérico, íntimo u oculto del negocio de lo esotérico exterior o público.

Dentro del negocio debes de ser casto, debes adornarte de la virtud de la castidad y de todas las virtudes.

Fuera y lejos del negocio ten todos los amores y los vicios que quieras. Esa es otra cuenta.

No me convences. Podría citarte algunos casos en que el proceder contrario ha conducido al éxito.

Yo también conozco algunos en que la apariencia es como tú dices; pero habría que estudiar cada asunto en toda su complejidad, porque algunas gangas aparentes suelen costar muy caras; una golondrina no hace verano y puedes hacer lo que gustes.

Dejemos las conquistas y suponte que soy el sacerdote más virtuoso vestido de frac o de americana. ¿Qué más me aconsejas?

Que procures ser un perfecto militar. Los méritos y las condiciones de los guerreros más famosos son tan convenientes, tan indispensables en los negocios como en la guerra.

La prudencia unida a la audacia y al valor, la astucia, el cálculo, la estrategia mucho más compleja en la vida corriente que en la guerra, la vigilancia constante más exquisita porque cualquier negocio equivale a un campamento mal emplazado, abierto por todos lados y rodeado de innumerables enemigos; las exigencias todas de la guerra en su grado máximo de intensidad son los elementos esenciales del éxito en cualquier negocio.

Todo esto me parece muy bonito, pero impracticable o muy difícil. El militar se encuentra ya hechas la disciplina y la ordenanza y con tales elementos el triunfo es fácil; pero en la industria lo que propones vale tanto como el problema del barbero: «dejar patillas donde no hay pelo».

Estamos conformes, Eufronio. Sí, decimos lo mismo. Lo que yo afirmo es que para triunfar en cualquier industria hay que ser un guerrillero capaz de llegar a general; hay que buscar partidarios y entusiasmarlos para la lucha y una vez sometidos voluntariamente a la disciplina moral propia del caso, establecer poco a poco o de una vez, si posible fuere,

la disciplina militar física, esto es, el orden, la organización, el método, la fuerza.

Convencido de que la disciplina industrial debe de ser más rigurosa que la militar, aunque en lo exterior no aparezcan signos visibles de la jerarquía y de la organización. No se me oculta que en una asociación obrera o patronal, cada hombre asociado vale por tres o cuatro hombres no asociados.

Tres o cuatro, no; un número justo, exacto, proporcional al grado de unión moral de los asociados. La fuerza de la asociación, de la disciplina militar industrial es una fuerza viva ( $mv^2$ ), una masa multiplicada por el cuadrado de una velocidad, y esta velocidad, este impulso es mayor o menor según que la unión de los asociados sea más o menos íntima, alcanzando su mayor valor cuando los asociados constituyan una verdadera familia, cuando sean verdaderos y buenos hermanos de padre y de madre o se conduzcan como si lo fueran.

La asociación es una palanca en la mecánica social.

Su efecto útil depende de la longitud del brazo de palanca, esto de la mayor o menor perfección moral de la asociación.

Doce apóstoles de cualquier idea valen por mil hombres cada uno si se identifican de tal suerte que sean doce bolsillos en uno, doce cerebros pensando lo mismo sin la menor discrepancia en un solo ce-

rebros colectivos, y doce corazones sintiendo lo mismo y con el mismo ritmo, y doce voluntades convertidas en una sola a virtud de una jerarquía y de una disciplina perfectas.

En un grupo familiar cada hombre vale por ciento. En la mayor parte de las asociaciones escasamente vale cada asociado por hombre y medio o dos hombres.

Fíjate en la fuerza inmensa, en el éxito que suele acompañar a la razón social «*Viuda e hijos de Fulano*», porque supone las más veces una disciplina perfecta, un modelo de asociación fundada en el mutuo amor.

La prosperidad de un país depende en gran parte de la existencia, de la cantidad y de la calidad de estos grupos familiares laboriosos. Un gobierno previsor y bueno debiera agotar su fuerza y su ingenio en premiar y en castigar a los grupos familiares trabajadores. A las familias unidas y compactas toda suerte de facilidades y de ventajas; a las familias desunidas todo género de dificultades, recargos en las contribuciones, humillaciones, oprobios y molestias, puesto que por el mismo camino en que se deshacen las familias se desbaratan después las nacionalidades.

Procuraré imitar al Empecinado, a Mina guerrillero y después general, a Hernán Cortés, a Napoleón y a Alejandro Magno.

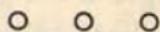
Me acercaré cuanto me sea posible, en este cami-

no de perfección, al tipo ideal que me dibujas.

Ya soy el sacerdote más virtuoso y el guerrero más prudente y valeroso. ¿Qué más, Arturito?

Que con todos estos méritos te verás arruinado o no saldrás de la miseria si además de sacerdote y de guerrero no eres un letrado perfecto, habilísimo, tan conocedor de las leyes como de los hombres, de la gramática de la Academia como de la gramática parda.

Si no sabes andar por los caminos de la curia estás perdido. Ten por seguro que los escribas, fari-seos y rúbulas que crucificaron a Cristo te quitarán también a ti la vida, el honor y la hacienda si no adquieres la agilidad de entendimiento y la energía extraordinaria de la voluntad indispensables para librarse de las asechanzas y acometidas de picapleitos, trapisondistas, timadores y chantagistas.



Supongamos que tengo o adquiero o procuro adquirir los méritos de un buen sacerdote, de un guerrero de primer orden y de un letrado expertísimo. ¿Que más necesito para triunfar en los negocios?

Cuando menos dos cosas esencialísimas: dominar la ingeniería o parte técnica y científica de tu negocio, como si dijéramos conquistar el espacio, aquella parte del infinito espacio con la que estás en próximo contacto.

¿Y la otra?

Administrar bien el tiempo que vale tanto como conquistarle, apoderarse del tesoro del tiempo que se transforma en toda suerte de monedas, oro, plata, influencia, poder, vida, mediante la virtud creadora del trabajo.

De modo que tú crees que existe una íntima relación entre la creación del mundo y el establecimiento o creación de cualquier negocio industrial o comercial y comparas y buscas la semejanza entre lo de arriba y lo de abajo.

Todo es uno y lo mismo.

El trabajo divino de la creación consiste en combinar el tiempo y el espacio, creando el átomo central del universo, de donde nace la fuerza, de la cual fluyen y emanan sin cesar átomos que luego forman soles y mundos.

El trabajo humano, copia y semejanza de aquél, es una creación pequeñita, una combinación finita de una parte del infinito espacio con una parte de la eternidad del tiempo; de esta combinación, de este trabajo, nace una fuerza y de ella emanan los pequeños mundos que cada sér humano construye a su alrededor.

Admito la comparación. Veamos cómo se conquista el espacio.

Muy sencillo, con la Geometría, con la Mecánica, con la Química, con la Ciencia. Si tú dominas la parte científica de tu negocio tienes muchas proba-

bilidades de éxito; pero si tienes que depender del personal técnico o de ingeniería las probabilidades disminuyen y llegan fácilmente al cero del desastre y de la ruina si no aciertas a concertar tu espíritu práctico, tu intuición comercial o industrial con la sabiduría técnica de tu ingeniero.

Tu negocio prosperará si das con un técnico, un ingeniero bueno, esto es, un ingeniero con ingenio, y buena persona.

Aun en este caso, el más favorable, si tu personal técnico te dirige a ti en vez de dirigirle tú a él, corres peligros o cuando menos riesgos que a tiempo y con prudencia debes evitar.

Pasemos a la conquista, a la administración del tiempo.

La buena contabilidad, el orden en todos los detalles de la administración, la disposición de los papeles y documentos, los medios mecánicos, los aparatos registradores deben ser considerados como ruedas, órganos y piezas de una máquina que tiene por objeto principal el ganar horas, minutos, segundos, el ganar tiempo y como objeto secundario, y no más importante que el primero, el de ganar espacio, el conquistar cosas y personas, equivalentes a monedas y valores de varias clases.

La conquista simultánea del tiempo y del espacio, esto es, la de cosas y personas con la mayor rapidez, en el tiempo menor posible, equivale a com-

binar el tiempo y el espacio, esto es, a producir, a engendrar, a crear fuerza.

La frase «el tiempo es oro» es tan profunda como exacta. El hombre activo, diligente, ordenado que a igualdad de tiempo hace más cosas que otro, vale más y gana más que el perezoso u holgazán.

La intensidad de una vida y el consiguiente mérito de una persona consisten en la habilidad, en la energía y en el orden con que distribuye y emplea el tiempo.

*Madruga, trasnocha, vigila a tus criados.*

Este breve consejo del filósofo griego Diógenes es un tratado completo de buena administración. Equivale a decir: si comparas tu hacienda o tu negocio con una esfera de acción de la que eres centro, procura adquirir el don divino de la ubicuidad; procura, en lo posible, estar en el centro y en todos los puntos de la esfera a la vez; y para acercarte en la práctica a este prodigio, milagro, absurdo o como quieras llamarle, tendrá unas horas fijas, inalterables para ocupar el centro por ti mismo o persona que merezca toda tu confianza, centro que en unos casos se llamará oficina, y en otros taller, tienda, fábrica, mina, huerta, lo que fuere tu negocio; y para recorrer y estar presente en todos los puntos de tu esfera, no tendrás horas fijas, todas las horas del día y de la noche y ninguna, de modo que tus subordinados o compañeros de trabajo lleguen a creer en la ubicuidad de tu persona, en que de un momento a

otro, pero sin saber a punto fijo cual, te harás presente.

Si no entiendo mal esta teoría de los negocios, los muy grandes, de sucursales lejanas, de difícil vigilancia son peores o menos buenos que los negocios pequeños, reducidos en breve espacio.

Eso es. En rigor lo exacto sería decir que a mayores dificultades o resistencias a la ubicuidad del director gerente o jefe corresponden en éste proporcionales energías físicas, intelectuales y morales. El límite de esa correspondencia o proporcionalidad señala el máximum del negocio, su línea de fractura entre el bien y el mal.

Según esa teoría los negocios personales o dependientes de una sola persona son mejores.

No, los negocios como las naciones, como las instituciones religiosas, políticas o económicas tienden a la ubicuidad y a la perpetuidad, esto es, al mayor dominio del tiempo y del espacio, a servirse de las personas como alimentos de un cuerpo social más o menos grande, que se asimila el calor, la vida, el espíritu de las personas digeridas y una vez terminada la digestión arroja de sí, defeca, los cuerpos inservibles o, más bien éstos se separan o se caen del organismo social como caen las hojas de los árboles, como el pelo de las humanas cabezas. La fortaleza y la perfección de la organización social y la obediencia de los elementos componentes a la disciplina establecida como mejor, sustituyen y am-

plían los méritos de las personas por grandes que sean.

Bueno, bueno, entendida la teoría, más no me sirve porque yo no intento construir nada perpetuo sino algo para mí solo, algo breve. No he de ver los tiempos en que siendo todos los hombres sacerdotes, guerreros y letrados de sí mismos puedan hacerse cuenta de que los han suprimido y sólo sean ingenieros y obreros, trabajadores intelectuales y manuales.

Quiero ganar mucho dinero en poco tiempo.

En resumidas cuentas has hecho lo que el vulgo, pedir consejo para no seguirlo o hacer lo contrario.

El oficio de sobrino, con un tío muy rico que heredar, es el mejor de todos, con filosofía o sin filosofía; y como en el mundo hay muchos tíos, anda, ve y busca a tu tío.



## MECÁNICA SOCIAL

### III

Los reaccionarios, y en general los conservadores, gobiernan por más tiempo y son superiores a los revolucionarios, y en general a los liberales, no porque tengan mejor educación, traje más limpio y más dinero, sino porque tienen más voluntad. Los primeros la ejercitan todos los días y a todas horas y los segundos algún día que otro y por breves momentos, en forma pirotécnica, pasajera, casi siempre inofensiva, de cohete, o a lo sumo de explosión de barreno o cuando más, cuando más, de breve erupción volcánica.

El reaccionario por regla general es creyente y religioso y extiende a la política las sabias costumbres de la religión educadoras de la voluntad, en virtud de las cuales todos los días del año hay un santo para recordar la perseverancia en la fe, en todas las horas del día, desde que el creyente se despierta hasta que empieza a dormir, hay un acto mental o material, oración o genuflexión en que al rezar o santiguarse el pensamiento religioso se transforma en voluntad, en constante ejercicio.

Y, por si esto no fuera bastante, en los días más solemnes de la vida del hombre y de la vida anual del planeta se fortalece la fe con actos extraordinarios.

Los que pretenden dirigir las masas republicanas, las carlistas y las socialistas, lo primero que debieran hacer era educar la voluntad de sus partidarios e imitando la sabiduría eclesiástica, sugestionarles para que todos los días y a todas horas ejercitasen el pensamiento y la voluntad en su respectiva causa, dándoles hecho un calendario para venerar en cada día el respectivo santo republicano, carlista o socialista y un breviario o libro de oraciones políticas determinando lo que hay que hacer en cada momento o circunstancia.

Por ejemplo, todos los días a las doce en punto lanzar el grito sonoro de su respectiva conciencia política ¡viva la república! ¡viva D. Alfonso! ¡viva don Carlos! o ¡viva D. Carlos Marx!

En las manifestaciones públicas, que más bien debieran llamarse *patifestaciones*, porque más se trabaja con los pies que con las manos, estaría bien un distintivo cualquiera en la indumentaria que simbolizase la fe política de cada cual, puesto que afortunadamente parece que hay todavía quien la tiene.

Y así por semejantes procedimientos acostumbrando los jefes a sus partidarios a continuos actos de obediencia en cosas menudas se iría educando la voluntad para empresas de más importancia, irrea-

lizables y quiméricas sin la unión estrecha y la severa disciplina de que dan ejemplo constante las milicias de la Iglesia y del Ejército.

Los más graves defectos del carácter nacional son: la envidia el primero y la flojera de la voluntad el segundo.

Por eso simpatizo con cuantos se esfuerzan por educar la voluntad de una fracción cualquiera del pueblo español, aun cuando la dirección sea equivocada, porque creo que más pronto o más tarde toda voluntad colectiva organizada se orienta forzosamente hacia el bien como brújula atraída por las fuerzas que rigen el mundo.

Individualista fanático soy y, sin embargo, creo que la organización socialista concluirá por producir bienes. La voluntad que acaba de aparecer ahora en sentido republicano es un síntoma de importancia para el porvenir si tal voluntad fuese perseverante, esto es, verdadera voluntad o de buena ley.

Si no triunfa, cuando menos se conseguirá que la voluntad de la opinión pública se eduque y organice e imponga un gobierno más barato y económico que es lo que en primer término deseamos los que estamos aburridos o retraídos de la política.

Ejercitando la voluntad se dominan las pasiones y se consigue con más facilidad lo que nos proponemos. Recuerdo a este propósito que siendo yo muchacho pregunté a otro de más edad, de mi clase,

qué era eso de reaccionario y de revolucionario y qué diferencia había entre unos y otros.

Supongamos, me dijo, que en la Puerta del Sol un perro muerde las pantorrillas a un sujeto.

Si es revolucionario levantará el bastón y ciego de ira tratará de descargarlo sobre el perro; pero en estos movimientos súbitos y desordenados en vez de castigar al can, herirá o molestará a las tres o cuatro personas que estén más próximas, se peleará con ellas y con los agentes de la autoridad y dará con su cuerpo en la prevención sometido a varios procesos por lesiones, escándalo público, desacato a la autoridad, etc., etc.

Si es reaccionario de buena cepa, no hará absolutamente nada al pobrecito perro, que después de todo es obra de Dios, más que indicar al transeunte más próximo que al parecer aquel perro está rabioso, con lo que tal noticia se propaga rápidamente como cierta y al poco tiempo el perro cae muerto a palos, sablazos y tiros.

## LA PENA DE MUERTE

Creo que no hay nadie que no sea partidario de la abolición de esta pena y que el disentimiento consiste en si ha de ser gradual o repentina la abolición.

Yo desearía una revolución tan profunda, tan ancha y tan larga, tan grande en todas direcciones, que de repente la humanidad se transformase en un conjunto de personas incapaces de cometer una injusticia, por donde veríamos que eran innecesarias las leyes y que las buenas costumbres de todos engendraban la universal felicidad.

Mas como la humanidad progresa muy despacio y los hombres que componen la parte de ella que mira hacia adelante, hacia el porvenir, como si dijéramos los ojos, la boca, los oídos, la nariz y la frente, que forman los hombres exaltados, clarividentes y zahoríes, no pueden andar solos, sino que tienen que arrastrar tras de sí el resto del cuerpo de la humanidad, es forzoso un cierto acomodamiento en virtud del cual y sin romper los huesos, músculos y nervios que enlazan entre sí a todos los miembros,

unos empujen hacia adelante para realizar la progresión y otros consientan en dejarse arrastrar aunque sea de mal talante.

Por esto yo aspiro a la abolición repentina, y voto por la abolición gradual limitándola cada día más a los delitos de primera magnitud, a los que en el infierno de la criminalidad brillan con más sinistros fulgores.

Durante uno o dos siglos cuando menos, calculo yo que será prudente conservar la pena de muerte.

La guerra es una barbaridad, causa de otras muchas barbaridades, y la pena de muerte es uno de estos bárbaros efectos. La abolición de la guerra debe preceder lógicamente a la abolición de la pena de muerte.

Todo acto o grito contrario al de «¡Viva España!» es una declaración de guerra que debe ser aceptada en el acto cualquiera que sea el número de los enemigos, y castigada con la pena de muerte por el buen español que se hallare más próximo.

En los delitos que no van contra la totalidad del organismo social o sus órganos más esenciales, sino contra un pequeño número de células menos importantes para la vida nacional, cabe menor severidad; pero yo creo que algunos crímenes monstruosos como determinadas dolencias del cuerpo humano no tienen más remedio que la amputación, la pena de muerte.



Tal es mi opinión sincera aprendida en la terrible experiencia de la vida.

No desconozco que adulando a las mariquiterías, imperantes en las costumbres del día se hace más simpático el que alardea de sentimientos humanitarios y altruístas sin tenerlos o el que en realidad los tiene. Mas como yo no escribo para ser ministro, ni tribuno de la plebe, ni busco popularidad porque aun la que me persigue en la obscuridad de mi rincón me molesta, cojo la pluma para fotografiar lo bueno y lo malo que llevo dentro, contestando a un ruego que me dirige un suscriptor y publicista en carta muy amable y circular impresa.

¡Ah...! se me olvidaba el caso más importante: la pena de muerte debe aplicarse al orador político que hable más de tres horas seguidas o al que en un año pronuncie más de noventa y nueve discursos.

Al llegar a la siguiente perorata debemos procurar que el orador no salga del número 100.

Sentiré señor F. F., que mi opinión no sea de su agrado.



## LOS COPROLITOS

Yo no creía en la virtud propia, específica, de las palabras y de muy buena gana me entregué a la risa cuando leí en ciertos libros raros y curiosos que la palabra sagrada de los grandes taumaturgos de remotísima antigüedad, la palabra *aur* producía efectos terribles, espantosos o extraordinarios y sobrenaturales al ser pronunciada en momentos solemnes y determinadas propicias circunstancias por los grandes sacerdotes de las religiones prehistóricas.

Pero a la risa del indocto, sucedió la sonrisa leve y seria del observador imparcial, cuando al poco rato presencié el caso frecuente y vulgar de una ristra de caballerías pretendiendo en vano sacar a un carro del atolladero a pesar de los crueles latigazos repartidos con mano fuerte y pródiga por el carretero.

A la suerte del látigo unió el coeficiente de las blasfemias más horribles y asquerosas... y el carro seguía inmóvil.

Mas apenas hubo el carretero pronunciado y repetido sin cesar la palabra sagrada *aur...*, *aur...*, *aur...*, el carro salió de su atasco dejándome estupefacto y sumido en un mar de cavilaciones.

¿Cómo ha descendido la mágica palabra desde las alturas de la antigua sabiduría de los conductores de pueblos a la estrecha mente de los conductores de carros?

¿Es esto vana ilusión o prodigio real y verdadero?

Me inclino a creer lo último porque he visto que hay palabras con virtudes medicinales y de otras varias clases.

Fije su atención el lector y advertirá que hay palabras astringentes, diuréticas, irritativas y laxantes.

Por ejemplo, tropieza usted en el camino de su vida con una partida de bandoleros o de necios y vienen a sus labios las palabras canallas, miserables, ladrones del diccionario de la Academia y otras más expresivas del diccionario de las Peñuelas. Pues bien, todas estas palabras y palabrotas son astringentes, revuelven la bilis, alteran los nervios y los humores. Fíjese usted bien y se convencerá de que son astringentes. Por esto los médicos recetan los purgantes después de una desazón.

A un profesor alemán que dudaba de las virtudes mágicas de las palabras le aconsejaron que en medio de un puentecillo sobre el Manzanares pronunciase ante las lavanderas la palabra *todas*, y en el